

CANTERLA GONZÁLEZ, Cinta (coord.). *La cara oculta de la razón. Locura, creencia y utopía*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2001, 421 pp.

Este volumen corresponde al *X Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, una cita organizada por la Universidad de Cádiz, ya con mucha solera, y que sigue fiel a sus planteamientos primigenios: inducir a una reflexión interdisciplinar en torno a temas transversales de la literatura, la historia, el arte y el pensamiento en Europa y América entre 1750 y 1850. Dichos encuentros suponen una buena colección de tomos acumulados en las últimas dos décadas, de modo que pocas reuniones académicas españolas pueden alardear de tanta duración, coherencia intelectual y puntualidad. La investigadora que asumió el reto de coordinar el Encuentro en 1999 y luego sus actas es Cinta Canterla, especialista en la filosofía de la Ilustración y vinculada a estos congresos desde sus orígenes. El tema propuesto es uno de los más sugerentes para un periodo tan asediado de prejuicios: el lado irracional de la época que, *a priori*, en nuestra conciencia colectiva más se asocia al reinado de la racionalidad, para así «enriquecer la imagen tópica [...] abriendo las perspectivas del investigador futuro hacia derroteros [...] que hacen explicables la pasión revolucionaria, la valoración de la imaginación, el gusto por los elementos místicos, la aparición de lo tenebroso, el desarrollo de las utopías y tantos otros elementos presentes en el contexto ilustrado sin los cuales habría sido inviable la eclosión del Romanticismo y las transformaciones sociales e intelectuales que acontecerían en el siglo XIX» (p. 11).

El libro congrega veintisiete trabajos en riguroso (des)orden alfabético, de muy variopintas disciplinas e intereses intelectuales, que a continuación trataré de ordenar. Los dos trabajos que poseen un carácter más general, casi programático, han sido

relegados por los caprichos del abecedario al final del volumen. Gerhardt Stenger habla sobre la razón extraviada de la Ilustración francesa, manejando textos de Fontenelle, Voltaire, Diderot y Rousseau. «On sait depuis longtemps que la raison et la folie se touchent, mais les croyances et pratiques superstitieuses semblent être la négation même de la raison» (p. 393). Sobre esta base, explora los mecanismos de lo fabuloso y lo irracional en las Luces y cómo los asumieron los filósofos en mucha mayor medida de lo esperado. Por el contrario, Francisco Sánchez-Blanco ofrece una perspectiva inversa del caso español; su contribución escoge un título provocador: «La irracionalidad triunfante al final del Siglo de las Luces». Su hipótesis es que la primera Ilustración española, la de los novatores, asentó sus actitudes mentales pronto, pero que «aunque todavía a finales de siglo resuenen ecos de esa inocente euforia inicial, el entusiasmo irá decayendo. A lo largo del reinado de Carlos III [...] se observa un creciente sentimiento de impotencia de la razón correlativo a una apoteosis de la locura» (p. 362). Ahora bien, tal locura no es otra que la irracionalidad de los enemigos de las Luces, que ofrecen resistencia tenaz y en aumento: su triunfante determinación de oponerse a la persuasión racional sume a los ilustrados en el desencanto, la amargura y un pesimismo que se refugia en la sátira. También de carácter más general, en el terreno de las implicaciones filosóficas de lo irracional se mueven dos aportaciones sobre Kant. La de Cinta Canterla persigue «mostrar las conexiones del problema de la creencia moral con los de la utopía, por un lado, y la locura, por otro, en los *Sueños de un visionario*, remitiéndome en su génesis a la obra anterior *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*» (p. 115). Jesús González Fisac analiza, por su parte, en un largo y denso trabajo, las relaciones entre *philosophische Schwärmerei* (que traduce por

*fanatismo* o *exaltación*) y metafísica, partiendo del problema de «cómo se puede dar el paso de lo sensible a lo suprasensible por medio de la razón» (p. 212).

Entre las demás ponencias, son mayoría las atraídas por el primer elemento del subtítulo, una locura que, como mostraron ilustrados y románticos, tiene que ver con las dolencias del cuerpo y del alma no menos que con las podredumbres sociales, pero también con las energías creadoras del genio artístico y de la pasión. Asunción Aragón plantea en general los «Aspectos culturales de la locura en la Inglaterra ilustrada», partiendo del postulado de que «a lo largo del siglo XVIII la relación entre la razón y la locura está presente en todas las manifestaciones culturales inglesas» (p. 23) y resumiendo esa relación en el célebre manicomio de Bedlam y en las teorías médicas sobre la demencia. Leonor Acosta y Rafael Vélez Núñez tratan de la literatura del Romanticismo anglosajón, ocupándose respectivamente del reflejo de la mente enferma en los cuentos de Poe –¿cómo habría de faltar en este otro manicomio de las letras?– y en la poesía de William Blake, Amelia Opie y Robert Merry. En el primer caso se contempla el asunto desde la perspectiva de las ideas y avances contemporáneos en la psicología y la psiquiatría, mientras que en el segundo el punto de vista para analizar la modalidad poética de las «mad songs» es el de los estudios de género.

Otro número de trabajos se adentra en las letras y el pensamiento franceses –no en vano este X Encuentro era también el I Congreso Hispano-Francés respaldado por las sociedades dieciochistas de ambos países– en diversas direcciones. Pierre Hartmann disecciona tres de las novelas de Rétif de la Bretonne en las que se ven facetas de la sinrazón: *La Malédiction paternelle*, *La Découverte australe* y *Le Paysan et la Paysanne perversis*. Manuela Ledesma mira por su parte hacia *Jacques le fataliste et son maître*

de Diderot, focalizando «un tipo de personajes fuertemente apasionados y dotados de una personalidad excepcional [...] que escapan a la normalidad» (p. 269). Sobre este mismo escritor diserta María de los Ángeles Llorca Tonda, en concreto sobre el poder de la imaginación femenina en uno de sus cuentos, *Mystification* (1768); esto le permite considerar sus ideas sobre la mujer como ser irracional fijado en una fase de imaginación fogosa que hace confundir deseo y realidad. Es una forma de negar racionalidad a las mujeres, que son así proyectadas a la cara oculta de la razón. Algo parecido concluye Marie-Thérèse Ingueaud, pero alejándose de la literatura para entrar en la historia de las mentalidades en la estela de Michel Foucault: estudia a través de materiales de archivo un caso de locura en una dama francesa del XVIII, Élisabeth de Ligniville, que pone de manifiesto complejos intereses familiares y mezquindades sociales. Este ejemplo tiene particular interés por afectar a la familia del filósofo Helvetius.

Las áreas de la demencia en la literatura española están representadas por tres contribuciones bien distintas. Marieta Cantos Casenave investiga la enajenación y el suicidio –un punto clásico de la irracionalidad literaria en esas décadas– en la obra *El precipitado* de Cándido María Trigueros, formulando la hipótesis de que «son fruto de un pesimismo característico del pensamiento ilustrado, y más o menos reprimido en la literatura española» (p. 126). Cantos incide en «los indicios del romanticismo [...] en la línea que ya sugiriera Russell P. Sebold» (p. 126). Una locura igualmente ilustre, pero más jocosa, es la quijotesca, de la que habla Manuel Ambrosio Sánchez Sánchez a través de una de las imitaciones cervantinas en el XVIII: *Don Quijote el Escolástico* de fray Pedro Centeno, escritor de quien ofrece una revisión completa. Ese delirio quijotesco, según prueba el autor, sigue siendo un procedimiento satírico

válido y de gran calado intelectual para la lucha de las Luces contra la vieja escolástica. Sánchez propone una relectura más favorable de este tipo de imitaciones que parta de valorarlas como sátiras y no por su mala construcción novelesca. Por fin, Miguel Ángel García Argüez introduce en este amplio ramillete de intereses el complejo mundo de la literatura popular y los pliegos de cordel del XIX, ocupándose en ellos de la locura y el homicidio en sus modalidades más truculentas. Como punto de referencia toma al loco por excelencia de este tiempo enloquecido: el *psychokiller* cinematográfico. Se habla aquí en el lenguaje eterno y terrible de las masas, siempre despreciado, pero en el que laten de un modo u otro todos los demás lenguajes de nuestra civilización.

La otra dimensión que concentra el afán de los investigadores responde a la llamada de la utopía, una fórmula más positiva de traspasar los límites de la racionalidad sin traicionar del todo a la Razón, disociándola de una realidad que se siente imperfecta. Otro sueño u otro delirio, que produce dioses o monstruos. Hay en estas páginas utopías de muy diferente cariz. Marc Belissa explora, en una excelente contribución, la utopía política más acuciante –y tan lejana–, la de una paz universal y perpetua. Entre 1713 y 1789 se dan a conocer dos proyectos conducentes a tal fin, los del abate de Saint-Pierre y Jeremy Bentham, y entre ambos otras muchas opiniones: Kant, Rousseau, Price, Linguet, Montesquieu, Mably... Para el autor el irenismo ilustrado adopta un desarrollo principalmente político y jurídico, en lugar del enfoque moral o religioso de épocas anteriores: interpretando a Kant, asegura que «la paix perpétuelle n'est pas une "rêverie de visionnaire", mais le mouvement objectif de l'humanité» (p. 72). Otra utopía humanitaria de la Ilustración es la igualdad, la abolición de la esclavitud. De ella hablan Inmaculada Díaz Narbona y

Elena Cuasante, y más en particular de Henry Grégoire y su obra *De la littérature des nègres* (1808). Este cura revolucionario defendió la igualdad de los hombres incluso en los momentos más duros del bonapartismo y en ese libro sostuvo las capacidades intelectuales y morales de los negros y mulatos. Otro utopismo de amplio espectro es el de una sociedad matriarcal formulada por el inglés James Henry Lawrence (1773-1840) en un ensayo y una novela sobre las costumbres de las *Nairs*, una casta de cierta región de la India, de los que escribe María del Rosario García Doncel. Lawrence creyó que ese sistema social basado en la inexistencia del matrimonio, la libertad sexual y el incremento de la natalidad, era exportable a Europa mediante una profunda reforma social. Contra lo que pueda parecer, este sueño de la razón, aunque defiende la promoción de la mujer, tenía como fin esencial satisfacer objetivos y fantasías masculinas sin amenazar el dominio del hombre.

De las grandes utopías humanas descendemos también a fantasías utópicas más intelectuales: por ejemplo, las de la filosofía del arte, en la que se detiene José L. Lucas Saorín, desarrollando la concepción del neoclasicismo del gran autor alemán J. J. Winckelmann, quien intenta realizar su utopía «a través de experiencias cuasi religiosas en la descripción de las obras de arte» (p. 279). También por los caminos de la estética transita Luis Puelles Romero, que escribe sobre arquitectura e ideología en los dibujos de Étienne-Louis Boullée, arquitecto francés del fines del XVIII. María Teresa Marín Torres habla igualmente de los proyectos de Boullée y otros arquitectos de la época que plantearon espacios visionarios para una nueva institución social que por entonces nacía: los museos, centros didácticos y templos de las artes a un tiempo. Por último, Piedad Bolaños desciende de esas alturas para analizar, más a ras de tierra, el inédito proyecto manuscrito de reforma del

teatro que escribió en 1821 Casimiro Cabo Montero, un texto «impregnado todo él de una desbordante utopía práctica» (p. 106).

El tercer elemento del tridente temático que preside este volumen, el de la creencia, aunque está implícito en la mayoría de los demás trabajos, es el que menos interés específico ha suscitado. Se entiende por creencia el ámbito de la fe irracional, de las convicciones heredadas contra las que, de un modo u otro, lucharon los ilustrados con éxito desigual. Una de esas creencias confusamente enemigas de la razón podría ser la de las incomprensiones culturales entre países, a medias conocimiento fundado, a medias tópico y superstición, a medias construcción utópica del *otro*, como las que investiga Jorge F. Benavent Montoliu en su interesante trabajo sobre la imagen de España en la Ilustración alemana; proporciona noticias y textos de primera mano sobre un tema harto desconocido que afecta a la polémica entre religiones, al desnivel civilizatorio entre el Norte y el Sur de Europa y a la percepción del avance de las Luces. Entre la creencia y la utopía transcurre el trabajo de Álvaro de Cózar Palma y Daniel Muñoz Sempere acerca de las ideas políticas de José Marchena y el Padre Francisco Alvarado, extremos ideológicos unidos por su oposición a las Cortes de Cádiz. Según los autores, «el fanático tiene mucho de utópico porque se niega a que su mundo y su sistema de creencias cambie, cree que puede ser algo eterno e insustituible; por otra parte, el utópico siempre tendrá mucho de fanático porque se niega a renunciar a sus sueños aunque sepa que son imposibles» (p. 31). Máximo García Fernández, por su parte, muestra desde la historia social algo que hubiera complacido a Alvarado, la sólida implantación de las creencias religiosas populares pese a todas las críticas formuladas desde la élite ilustrada; según su modo de ver, la secularización se convirtió en la práctica en una utopía irrealizable durante

mucho tiempo y todavía a comienzos del XX los cambios en esas creencias eran pequeños. Su estudio se concreta en los rituales religiosos funerarios en la zona de Valladolid: testamentos, misas, entierros, mortajas...

Fuera de los márgenes estrictos de esta convocatoria sobre la cara oculta de la razón, hay algunas contribuciones que versan sobre otros aspectos y temas de la época. Marcelino Rodríguez Donís expone las ideas ateas y materialistas del tratado IV de un extenso y anónimo manuscrito latino de mediados del XVII, el *Theophrastus redivivus*, que sitúa en la línea del pensamiento libertino de su siglo y el siguiente. Nicolás Bas Martín explora los territorios del «viaje ilustrado» a través de los textos de autores valencianos, «los más viajeros en la España del XVIII y por ello los más preocupados por conocer de primera mano las vanguardias culturales europeas» (p. 45). Ángeles Carmona González, por su parte, desarrolla la presencia de periodistas y prensa femenina en el Cádiz del XIX.

Fernando Durán López

PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio. *La mujer y las letras en la España del siglo XVIII*. Madrid: Ediciones El Laberinto, 2002.

En los últimos tiempos los estudios de género gozan del interés de los teóricos de la literatura, los comparatistas, los críticos, los historiadores, los antropólogos, los filósofos y los historiadores de la literatura. En este sentido, este libro constituye un estudio exhaustivo y promenorizado sobre las relaciones existentes entre la mujer del siglo XVIII y la literatura. De ahí que el autor nos ofrezca dos perspectivas: la presentada por la literatura dieciochesca que versa sobre las mujeres y la que ellas mismas escribieron. El primer asunto comprende el extenso